

INTRODUCCIÓN

POR JESÚS I. MARTÍNEZ PARICIO

Sociología y Fuerzas Armadas

Pero también se podría titular con cualquiera de los otros dos objetos que también lo son de análisis por parte de la Sociología. Estas páginas podrían venir encabezadas por los títulos: Sociología de la organización militar, o la de Sociología de la profesión militar. El de Sociología de la guerra está más lejos de los objetivos del Seminario.

En el primer caso se trataría de enfocar lo militar como una «organización compleja» más, superando los límites de las explicaciones de las teorías de las organizaciones para explorar por la nueva interpretación del «corporatismo» —todavía no se ha encontrado la traducción castellana exacta a la expresión «corporatismo»—. Este nuevo enfoque plantea grandes diferencias cualitativas de las interpretaciones sobre las «corporaciones» que se elaboraron en los años 20 y 30 del presente siglo. Sin entrar en mayores detalles, esta consideración supone entender lo militar como algo que va más allá de los muros de los cuarteles. Que su influencia y poder tiene un efecto multiplicador que trasciende con mucho los presupuestos del departamento en cuestión. Que se trata de una organización que al tiempo que incorpora las más modernas tecnologías, asume con responsabilidad el pasado, tanto el inmediato, como el más remoto. Una organización compleja abierta y permeable que armoniza de manera adecuada el personal propio, con el contratado de fuera, al tiempo que «intercambia» experiencias de cualquier tipo con otras organizaciones de características parecidas, teniendo como objetivo alcanzar la mayor eficacia posible.

En cuanto al segundo enfoque, supone que la profesión de las armas es una profesión más, con sus propias peculiaridades como las puedan tener otras. Esta profesión se interpreta como una consecuencia de la peculiar «división del trabajo» de la sociedad moderna —se establece así la diferencia entre el «guerrero y el soldado»—, así como por la desigual «distribución del conocimiento».

Tanto la guerra, o la lucha, como la profesión de las armas así como la organización militar han sido objetos de reflexión por parte de los «padres fundadores» de la Sociología, así como por los que les siguieron. Podemos considerar la Primera Guerra Mundial como el momento en el que se produce la quiebra del modelo de sociedad antiguo, dando lugar a la nueva sociedad moderna, industrial y urbana. Esta circunstancia también afecta a la consolidación de la Sociología como disciplina que trataba de explicar los cambios que tenían lugar.

Las interpretaciones de aquellos sociólogos interpretaron «lo militar» como un componente más de la sociedad. En ningún momento lo explicaron como algo distante del resto de componentes de la sociedad. «Lo civil y lo militar», no aparece en los escritos de estos autores: todo es uno, o como mucho, son considerados como perfiles de una misma realidad.

Desde esas fechas, y más después de la Segunda Guerra Mundial, «lo militar» comenzó a interpretarse en términos diferentes al resto de las actividades de la sociedad. La «división del conocimiento» en la sociología que se estaba construyendo comenzó a dividirse de manera un tanto forzada en la mayoría de las ocasiones. En los tiempos que corren parece que se está por volver a los inicios.

Hasta la Segunda Guerra Mundial, las ciencias sociales cumplieron una doble función: explicaron lo militar, al tiempo que aportaron sus conocimientos y metodologías a las Fuerzas Armadas como un órgano más de «apoyo» al mando. Esta utilización de los argumentos sociales para explicar determinadas conductas militares se pueden rastrear desde antiguo. Algunos capitanes de Flandes llegaron a describir con precisión lo que en la actualidad se ha denominado como «fatiga de combate». Nuestros más preclaros tratadistas militares reclamaban al general que no tuviera como ajenas ciertas precauciones sociales, incluso sociológicas y psicológicas, en su trato con los subordinados, o a la hora de planear el combate.

Al poco de incorporar la navegación aérea a nuestras filas militares, comenzó a considerarse la necesidad de seleccionar los que iban a

pilotarlos de acuerdo con los principios de «aptitud para el vuelo». En los años 30, en la Academia de Toledo, se creó un «Gabinete de ciencias del hombre» que debe considerarse como todo un brillante antecedente de lo que debería ser un «Centro de Estudios Sociales aplicados a las necesidades de nuestro Ejército», tanto en su vertiente operativa, de organización, de experimentación de reformas de la enseñanza, etc.

En esto, como en tantas otras circunstancias, pocas cosas hay que inventar. Poco «nuevo hay bajo el Sol».

Se pretende la existencia de una «Sociología militar» como carácter autónomo dentro del conocimiento general de la Sociología. Si aplicamos los criterios y métodos de análisis de la Sociología se puede llegar a la conclusión de la vanidad de tamaña pretensión.

A pesar de los textos y publicaciones al respecto, se puede comprobar que no se ha podido desarrollar ni una teoría propia, ni tampoco una metodología específica para explicar «lo militar» como algo específico. Los intentos de la «Polemología» no pueden considerarse sino como otro intento más que tuvieron su momento y, al poco, apenas quedó alguna referencia bibliográfica de todo ello.

Sin embargo, lo anterior no fue óbice para que la «especialidad» se produjera desde muy temprano y de manera excesiva. No estuvo ajeno al intento, que todavía perdura, cierta ambición personal y regional por independizarse de la «dominación» que en su momento pudo ejercerse desde la Sociología norteamericana.

Las carencias que pueden encontrarse en las explicaciones de la llamada «Sociología militar», más bien son meras listas de relaciones causales, se deben, además de empeñarse en mantener esta pretendida «autonomía» intelectual, por razón de la falta de análisis comparados entre ejércitos de distintas sociedades, por no comparar la profesión militar con otras profesiones, o la de no llevar a cabo análisis institucionales comparados.

El análisis somero de las publicaciones que desde la Sociología se han hecho de lo militar en los últimos 50 años permiten señalar algunas conclusiones al respecto.

La primera conclusión que se deriva es que ha sido la Sociología «estructural-funcionalista» la que con más frecuencia e interés se ha planteado este objeto de estudio.

Hay que llamar la atención que la «Sociología marxista» apenas sí lo ha considerado, y cuando lo ha hecho ha sido más desde el punto de vista ideológico, que del teórico. Bajo este punto de explicación se interpreta lo militar como modo de explotación capitalista, instrumento de defensa de los intereses burgueses, o, en el planteamiento opuesto, como modo de llevar a cabo la revolución proletaria. El análisis marxista se ha centrado, de manera especial desde los años 60, en la denuncia del «complejo industrial-militar-universitario», y, en los últimos años, en la «militarización del poder político».

La Segunda Guerra Mundial supuso uno de los momentos de mayor colaboración entre Sociología y Fuerzas Armadas. Los sociólogos, junto a otros científicos sociales, fueron movilizados en el esfuerzo de guerra para que aportaran sus conocimientos y saberes facilitando la toma de decisiones y racionalizando las organizaciones tanto administrativas como de combate.

Hay que señalar que de esa colaboración salió beneficiada la propia Sociología tanto en su vertiente teórica, como metodológica. Conceptos como «grupo de referencia, solidaridad del grupo primario, liderazgo activo estructuras óptimas de relación», entre otras muchas, se incorporaron a las teorías de «alcance intermedio» a partir de los estudios realizados en los campos de batalla, en las situaciones de máxima tensión, entre las dotaciones de los bombarderos. La encuesta sobre el «soldado americano» fue mucho más que dar cuenta de los efectivos que iniciaron el desembarco en Europa. Allí se pudo llevar a cabo la primera gran encuesta a grandes poblaciones, a muestras «estragéticas». Se pudo trabajar sobre diferentes cuestionarios. Fueron unas circunstancias que permitieron a las ciencias sociales aportar sus conocimientos sobre la estructura cultural y emocional —moral se decía entonces—, de los pueblos enemigos. Pero también para organizar de manera más adecuada los recursos humanos tan diferentes como entraron en juego en aquellas circunstancias. Hay una serie de trabajos que, para nosotros y salvando las enormes distancias de tiempos y espacios sociales, podrían ser de gran interés y oportunidad: la incorporación de «especialistas» civiles a la organización militar en muy diferentes puestos, desde los que permitían el buen funcionamiento de las armas, hasta los que ocuparon puestos centrales en las decisiones y sistemas de información.

En resumen, los científicos sociales fueron escuchados por los Estados Mayores a la hora de diseñar los planes para la acción, no tanto como «civiles», como en cuanto «expertos» en una serie de conocimientos.

Hasta los años 50, por poner fechas tópicas, lo militar se consideró por la Sociología como algo encerrado en sí mismo. Los primeros momentos de la guerra fría volvió a sacar a la luz los conocimientos sobre las estructuras sociales de los países enemigos, sobre la solidez de los aliados y la confianza en ellos.

La aparatosidad de estas investigaciones, donde comenzó a aflorar en algunos colaboradores civiles cierta «objección intelectual» para continuar este tipo de trabajos, ocultó los estudios sobre «desmovilización» del impresionante contingente militar norteamericano y su imbricación en el sistema civil a fin de evitar los traumas que, sin tardar mucho, se producirían después.

Por esos años comenzaron a ver la luz algunos trabajos donde empezaron a verse argumentos enfrentando lo «civil» a lo «militar» como componentes de una misma realidad pero que, con argumentos de «suma-cero» suponía el choque de dos realidades distintas.

Hasta los años 60 se prestó especial atención a los procesos de «burocratización» de lo militar corriendo un proceso paralelo al resto de la sociedad. Fueron años donde comenzó a interpretarse al militar como «soldado profesional» o como miembro de la «élite del poder».

Esos años lo fueron de la nacionalización de los países del llamado Tercer Mundo. En los trabajos que dieron lugar se consideró el Ejército o bien como organización modernizadora tanto de la sociedad, como del nuevo Estado, o bien, como fuerza «pretoriana» que aseguraba el control de unos recursos y bienes en manos de una burocracia, casta, clanes que se vinculaban con los intereses de particulares en la antigua metrópoli.

Los años 70 lo fueron también en este campo de confusión y crisis. La «Sociología militar» también tuvo su cuota parte de la «crisis de la sociología occidental» de aquéllos tiempos. No sería ninguna casualidad que las publicaciones de entonces tuvieran mucho cuidado en mostrar la «militarización de la sociedad civil», por supuesto del poder político, pero también el proceso paralelo que se estaba llevando a cabo en las grandes empresas transnacionales.

¿Qué contenido cabe esperar que tendrán los textos de Sociología que estudiarán lo militar en el futuro inmediato? Por supuesto que todos los que tengan que ver con la «desmovilización» de parte de sus estructuras, de cómo asegurar la eficacia organizativa con recursos humanos más reducidos. Nos explicarán cómo se llevó a cabo el paso de los «Ejércitos

nacionales» a las Fuerzas militares, en nuestro caso europeas. Cómo se llevó a cabo la suma de esfuerzos por parte de ejércitos con distintas tradiciones —algunas incluso superando buena parte de históricos enfrentamientos—, diferentes modos de reclutar a sus oficiales, suboficiales y tropa. En definitiva, cómo se imbricó lo militar en la nueva etapa de distensión y desarme.

Serán libros, ponencias, informes, que darán cuenta de la dinámica interna de la «corporación militar» adaptándose a las nuevas realidades sociales, nacionales e internacionales. Donde se nos describirán los procesos de cambio que se produjeron para adaptar la «tradición y la convención» —conceptos en los que ya trabajó un gran teórico como Shils en un caso práctico como fue el Ejército del Aire de la entonces, se dirá en esas fechas del futuro, República Federal de Alemania—, a las nuevas necesidades estratégicas y tácticas. Que tanto de una y otra portaron cada Ejército a ese nuevo Ejército europeo.

También se pondrá de manifiesto en esas páginas por escribir, cómo se llegó al convencimiento que lo militar dejó de ser un medio e instrumento de intereses particulares, para convertirse en la defensa como «última razón» de la sociedad democrática que avanza en la idea de progreso y libertad, y en la defensa de lo diverso y plural.

La «Sociología militar» no cuenta con una teoría, ni con una metodología propia, pero sí que tiene ya sus «clásicos», aunque todos ellos sean contemporáneos. En estas páginas no pueden faltar unas breves notas al respecto.

Samuel Huntington, y hasta cierto punto Amos Perlmutter, se caracterizan por exigir el aislamiento militar de los valores de la sociedad en la que se mueven. Estas exigencias la realizan en aras de asegurar la «eficacia y neutralidad» militar.

Para conseguir lo primero, el militar, señalan los autores citados, tiene que permanecer al margen de los avatares de la sociedad, de los vaivenes del juego político. El militar está por encima de la cotidianidad, asegurando la permanencia del Estado.

Para evitar la tentación de participar de manera activa en la política, con muchas precauciones Perlmutter señala que puede llegar el caso extremo que se quiera la intervención militar para asegurar la sobrevivencia de la propia sociedad, se reclama al militar que manifieste su total distanciamiento de la política. Se reclama al militar la más exquisita prudencia en no

participar, por acción, pero también por omisión, en ningún juego de partido, ni siquiera en los que dicen defender la identidad nacional.

Wright Mills, en su crítica realista y no exenta de descarnamiento en muchos de sus trabajos sobre la sociedad norteamericana de los años 60, llega a considerar a los militares —por supuesto que los de más alta graduación—, como miembros de la «élite del poder». Que ocupan esa posición de privilegio por razón de su poder militar no conquistado, sino adscrito por el sistema democrático y parlamentario. Que una vez instalados en esas alturas, los generales y almirantes —algunos de ellos—, pasan a establecer estrechas relaciones sociales con los otros componentes del vértice de la sociedad.

Su denuncia de la situación la lleva a cabo a partir de que en esas circunstancias el militar en cuestión puede estar defendiendo los intereses de su nuevo grupo de «referencia» anteponiéndolos a los de la nación toda.

Charles Moskos, de gran audiencia entre algunos de nuestros papeles «oficiosos», de estos años, propuso en su momento una explicación dicotómica para dar cuenta del proceso de cambio en la organización militar. Empleó para ello el método de análisis que se manejó en las primeras etapas de la historia de la Sociología, en la que los fenómenos sociales se explicaron en términos duales y enfrentados: lo rural y lo urbano; lo agrario y lo industrial; lo religioso y lo profano.

Con ese planteamiento consideró que los Ejércitos, en su momento, eran «institucionales» —como en las páginas que siguen se da cuenta suficiente de algunos trabajos sobre los que más ha influido este autor, me evita entrar en mayores detalles— cargados de valores, creencias y, relativamente, pocas habilidades, a unas «ocupaciones» que se caracterizan por seguir las leyes del mercado laboral, donde la oferta y la demanda regula la pertenencia al grupo militar al margen de cualquier otra consideración.

Dado que la realidad suele presentarse de manera más rica y diversa que la mera dicotomía, sus explicaciones las ha tenido que adaptar considerando que en una misma organización militar pueden coexistir unidades institucionales, que él las identifica con las unidades de combate, con otras de «apoyo y gestión» que presentarán rasgos ocupacionales.

Morris Jannowitz, preocupado también por la idea de conseguir la máxima eficacia de la organización militar supone que ésta lo será en tanto en cuanto responda a las características de dicha sociedad. Lo militar

imbricado de manera total en lo civil, y éste considerando a aquél como algo necesario y consustancial al que no se puede renunciar.

El proceso de cambio en la organización militar lo interpreta como proceso de mutua interacción, persiguiendo ese objetivo último. En sus últimos trabajos plantea tres hipótesis, aunque mejor sería caracterizarlas como principios, que deberá cumplir la organización militar moderna.

Esos rasgos distintivos se refieren al «reclutamiento» de los cuadros, el argumento de la «disciplina militar», y, por último, al «sistema de enseñanza».

En cuanto al primero supone que dadas las peculiares características de complejidad técnicas de los nuevos Ejércitos, así como a los nuevos hombres que formarán parte de las Unidades, las exigencias que se harán a los profesionales del Ejército exigirán unos rasgos, conocimientos y habilidades específicos que ya no podrán encontrarse entre los propios descendientes de los oficiales, suboficiales y tropa. El «autorreclutamiento» ya no será suficiente para nutrir las filas militares. La oferta de empleo militar llegará hasta las más diversas profesiones civiles.

En cuanto a la segunda se refiere al cambio que se producirá, según este autor, en todo lo que tiene que ver con los principios de disciplina, autoridad y jerarquía. Sin considerar que estos conceptos, sean conceptos trasnochados, lo son imprescindibles para una organización que tiene que moverse en situaciones de violencia extrema, sí reclama un cambio en su fundamentación. En lugar de justificarse en argumentos de autoridad «adscrita», por un principio automático, la autoridad del superior tendrá que demostrar su racionalidad para el conjunto de la organización y para asegurar el éxito de los objetivos a cumplir. Deberá ser una autoridad «adquirida» frente a los subordinados.

Reconoce la «utilidad» del nuevo concepto, pero no es menos realista al afirmar los problemas prácticos que supondrá llevarlo a la práctica, aunque también sobre este punto hay abundante bibliografía sobre experiencias concretas.

Por último, «el tema» de la enseñanza militar. El supuesto que maneja es que las diferencias en la cualificación de profesionales civiles y militares apenas serán significativas en el futuro. Señala incluso que empiezan a serlo cada vez menos en estos momentos. Por un lado, porque los «puestos de combate», son cada vez menos, en términos de proporción, y en cambio aumentan los de gestión y administración, de toma de decisiones. Para

estas «habilidades», los futuros oficiales podrán formarse en centros que ya no tendrán que ser estrictamente militares.

Si lo anterior será, y ya comienza a ser válido para oficiales y jefes, lo es mucho más para los oficiales generales y aquellos que ocupen puestos de dirección militar. Nuestro autor apenas reconoce diferencias entre el gestor y administrador de una gran empresa, con el militar que ocupe un puesto semejante.

EL PRESIDENTE DEL GRUPO DE TRABAJO